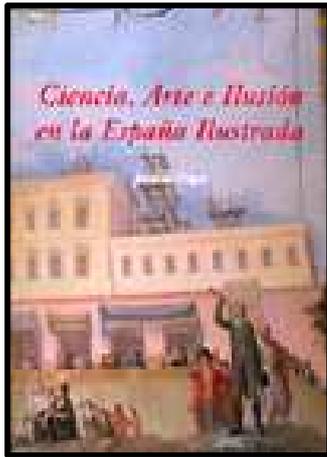


Jesusa Vega. *Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada*. Madrid: CSIC-Ediciones Polifemo, 2010. 527 pags. ISBN: 8496813487.

Reviewed by José Manuel Pedrosa  
Universidad de Alcalá de Henares



No son demasiados los libros publicados en el campo de la hispanística de los que se pueda decir que tienen perspectivas y alcances auténticamente interdisciplinares, y menos aún aquellos de los que se pueda afirmar que contribuyen a interpretar de una manera original y renovadora toda una época. O algo más difícil todavía: todo un proceso de transición entre dos épocas. Este de *Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada* es uno de esos libros contadísimos, y aunque empezar una reflexión acerca de él situándolo sobre ese podio parece que puede limitar o condicionar cualquier consideración adicional, no son esas, desde luego, las únicas glosas que se le pueden hacer.

Jesusa Vega es, sobre todo, una historiadora del arte, pero ha escrito un libro que va mucho más allá de la historia del arte. Ha alumbrado una especie de enciclopedia que es también de historia de la ciencia, más en concreto de la física, de la óptica y de los precedentes de la fotografía y hasta del cine, del arte del grabado, del teatro, el parateatro y los espectáculos callejeros, de la aeronáutica, la tecnología y la industria, de las mentalidades e ideas, de la estética y la ideología de las élites, y de la cultura popular del siglo XVIII y de los inicios del XIX. Da la impresión de que quedan mezclados en este elenco demasiados ingredientes, pero el libro los cocina de manera tan fluida y armónica que quedan al final muy bien integrados como caras poliédricas de una misma realidad y de una misma época.

*Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada* es, además, una historia de la curiosidad humana, del mirar y de la necesidad de romper los límites de la mirada en una época en que se estaban empezando a buscar otras luces para mirar las cosas a través de ellas y para liberarlas de muchas sombras. Y una crónica muy lúcida, al mismo tiempo, de la liquidación de la cultura barroca, que había estado fatídicamente sometida a la teología y a un modo de mirar jerárquicamente vertical, en que el objetivo de todas las miradas debía apuntar hacia el rey y hacia Dios. Una crónica, en fin, del advenimiento de la cultura de la razón, sujeta cada vez más a los empirismos de la ciencia y a un modo de mirar esencialmente horizontal, atento al prójimo, a la otredad, al paisaje físico y humano que nos rodea. La obediencia fatalista cediendo el terreno a la experimentación crítica: uno de los procesos de cambio más notables en los que se haya visto inmersa la cultura humana, cuyo inicio se pierde posiblemente en algunos escepticismos de la antigüedad –el socrático, por ejemplo–, y cuyo fin no se ha

alcanzado seguramente todavía y no se sabe si se alcanzará alguna vez, dado el apego que muchos seres humanos siguen sintiendo hacia lo religioso, lo mágico y lo irracional.

Historias, filosofías, estéticas, antropologías de la mirada se han hecho muchas, desde Ortega, Aby Warburg y Adorno hasta Lévi-Strauss, Derrida o Ginzburg. Bastantes de ellas con ingredientes tan personales como especulativos, rayana alguna en la extravagancia y alguna otra en la genialidad. Esta que alumbró ahora Jesusa Vega no carece, desde luego, de una hermenéutica propia, pero se ajusta, ante todo, a un programa historiográfico muy preciso y objetivo, apoyado sobre una documentación apabullante, la mayor parte de ella oculta hasta ahora en fuentes y documentos poco o nada conocidos, dosificada con mano firme y criterio claro. No estamos, pues, ante una filosofía, sino ante una historiografía que extrae su fuerza más de los documentos que recupera que de las opiniones de una autora que se mantiene siempre en un discreto y sutil segundo plano, por más que su intervención sea, obviamente, trascendental, demiúrgica.

*Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada* es un libro comparable, o al menos paralelo y complementario, en no pocos de sus objetivos y métodos, a otras dos historiografías muy importantes de la época y de fenómenos que se hallan conectados con los que aquí se analizan: el libro sensacional de Benedetta Craveri sobre *La cultura de la conversación* (Jesusa Vega lo conoce y lo cita), que fue publicado en italiano y en español en 2001 y que analiza el modo en que la voz y sus nuevos ritualismos sociales, incluidas las reuniones de salón a las que se incorporaron, a veces con rango protagonista, las mujeres, cambiaron la cultura y la sociedad francesa (y europea) de los siglos XVII y XVIII y abrieron la puerta a la Ilustración y a todo lo que vendría después. Y el libro extraordinario de Otto Mayr, traducido al español en 2012 (la edición en inglés era de 1986) con el título de *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea*, que desentraña desde una atalaya diferente las relaciones entre tecnología, sociedad y cultura en aquellos mismos siglos, y el alumbramiento de una nueva modernidad nacida sobre aquella encrucijada, con sus sumas pero también con sus tensiones y conflictos.

Puede que lo más original del libro de Jesusa Vega sea que no se contenta con recuperar la historia del avance inexorable de la ciencia y de la razón sobre los dominios que en el Barroco dominaba en exclusiva la fe. Se interesa además por cómo por las costuras mismas de aquellos tiempos de racionalismo pujante afloraron rebeldías irracionistas que llegaron sobre todo desde el lado del arte, aliado estratégicamente, para ello, con las nuevas tecnologías. Logra documentar, en efecto, cómo en una época de reordenación del imaginario de acuerdo con esquemas que se suponía que debían ser armoniosamente neoclásicos, de incipiente industrialización y *serialización* del arte, de fundación y desarrollo de fábricas y talleres de manufacturas, de aplicación de nuevas y eficientes técnicas y de diseño de circuitos de distribución operativos, hubo también una estética del disparate, un arte al revés que ponía en irónica y a veces ridícula cuestión todos los avances que estaba trayendo consigo la modernidad. Ilustra cómo hubo, además, un individuo que había mamado todas

aquellas ideas de orden y había aprovechado más y mejor que nadie aquellos nuevos ingenios técnicos y que empezó de improviso a utilizarlos para reivindicar nada menos que la sinrazón, los márgenes, el desorden: la libertad artística, los abismos de la conciencia, las penumbras que había querido disipar la Ilustración.

Ese individuo insólito, paradójico, fue, obviamente, Francisco de Goya, quien tuvo una época primeriza neoclásica, trabajó durante muchos años como funcionario aplicadísimo para la Real Fábrica de Tapices, pintó escenas sobre la *Fabricación de pólvora* y la *Fabricación de balas en la Sierra de Tardienta*, compuso varias versiones de una *Elevación aerostática* (véanse las págs. 176-78 del libro), abrazó las nuevas máquinas y tecnologías que estaban revolucionando las artes de fijar perspectivas, retratar, grabar, imprimir... Hasta se inventó el sombrero-lámpara que luce en su autorretrato de hacia 1795 que se conserva en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid (véase la pág. 317), o dibujó el genial *Mirar lo que no ven* de hacia 1824-28, que se conserva en el Ermitage de San Petersburgo y que muestra a un abigarrado grupo de curiosos escrutando con asombro el interior de un teatrillo óptico, una especie de *totilimundi* que les propone un estrafalario comediante (véase la pág. 317). Goya fue siempre, según se ve, un escéptico apegado a la razón, un experimentalista, un usuario que aprovechó desde el primer momento los avances de la ciencia, las técnicas y las costumbres de su época.

Y, sin embargo, como prueba muy bien Jesusa Vega, fue además un artista cuyas obras más geniales y personales, algunos de sus mejores cuadros y muchos de sus grabados y dibujos menos convencionales, no se pueden entender al margen de la estética del disparate que la autora detecta agudamente en el reverso del arte de su tiempo; igual que no se le puede entender sin las *fantasmagorías*, aquellas máquinas de ilusiones portátiles, falsas y tramposas de cabo a rabo, con las que se tropezaría cuando salía a la calle; ni sin los ilusorios artilugios ópticos y juegos de espejos con los que con espíritu curioso experimentó durante toda su vida. Goya, en definitiva, utilizando los nuevos artilugios desarrollados por los científicos ilustrados, urdió un mundo de sombras y angustias que –ahí brilla otro de sus destellos de genio– en vez de mirar hacia la caduca herencia barroca adelantó de manera decidida el lenguaje de las vanguardias, y en vez de traslucir miedo o sumisión irradió escepticismo e ironía.

Goya es la culminación del libro de Jesusa Vega, pero no su centro. Por las páginas de *Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada* desfila una colección variopinta y excéntrica de artistas, científicos, ilusionistas, inventores, aeronautas, espías que robaban o traficaban con secretos industriales, feriantes, cómicos, charlatanes y engañababos, escritores, intelectuales, viajeros que dejaron testimonios de sus sorpresas y de sus asombros. Desfilan también libros, reportajes de prensa, cartas, diarios, relaciones de viajes y de sucesos, folletos firmados por mil y un cronistas, algunos con nombre y otros sin él. Estamos, además, ante un libro desbordante de estampas, grabados, dibujos, frescos, cuadros, traídos siempre muy oportunamente a colación y reproducidos con calidad soberbia, con refinadísimo –y

suponemos que trabajosísimo– cuidado editorial, con presentación que solo puede ser calificada de lujosa.

Por cierto, que merece la pena recorrer las páginas del volumen solo por contemplar la carta que Goya escribió a su amigo Martín Zapater hacia 1784, con su dibujo esquinado en que aparecen, como si de una composición surrealista –casi buñuelesca– se tratara, un brazo, una mano, una paleta, un pincel, una lámpara y una navaja en las que hay engastados un montón de ojos atentos e inquietantes (pág. 356 del libro); o el extravagante *Microscopio solar y linterna mágica*, grabado anónimo de 1757 que hay en la pág. 373; o el fabuloso *Viaje aéreo entre la villa de Plasencia y la de Coria, el 20 de marzo de 1784*, quizás de José Patiño y de 1785, que nos desvela un gigantesco pez sierra sobre cuyo lomo reman (de espaldas, para más inri) tres varones con sombreros de plumas, ante la mirada *ad-mirada* de los espectadores de abajo (pág. 209); o la *Fiesta de toros en el aire*, de Isidro Carnicero, de 1785, con su rejoneador a caballo y su toro pendientes de sendos globos aerostáticos a muchos metros del suelo, desde donde debían escuchar lejanamente los vítores de la concurrencia que se agolpaba sobre el terreno (pág. 165).

Aunque un título como *Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada* no mencione las palabras *literatura* e *historia*, introduce una obra que maneja más documentos literarios e históricos que muchos títulos importantes que hayan podido nacer bajo el amparo explícito de esas dos disciplinas. Buena parte de la historia y sobre todo de la intrahistoria del siglo XVIII y de los inicios del XIX, y muchos de los grandes nombres de la literatura de la época están en él cifrados y representados. Jesusa Vega da pruebas, aparte de que conoce al dedillo toda la memoria artística, literaria y científica que ha quedado de aquella sociedad y de aquella época, de que siente una debilidad especial por la cultura del pueblo y una inclinación muy clara a evaluar el diálogo que mantuvo siempre con la de las élites. Lejos de quedarse en la superficie más ornamentalmente costumbrista, que es la que sale al final ganando en muchas de las investigaciones que se hacen sobre el Siglo de las Luces, su labor de exhumación de fuentes que reflejan la cotidianidad, el detalle y la agudeza con la que considera y entiende *lo popular*, el empeño que pone en reconstruir el imaginario del conjunto de la comunidad, en el que el pueblo tenía un papel obviamente destacado, se convierten en cualidades que enriquecen poderosamente su libro.